

12496
B-12496

LA GUARNICIÓN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN MADRID. MAYO DE 1808

Andrés CASINELLO¹

1. *Introducción*

LA llamada «Guerra de la Independencia» va a ser una guerra caótica, desordenada en su génesis, iniciación y desarrollo. A nosotros, a los militares, nos gustaría contarla sobre un gran plano en el que pudiéramos trazar las flechas que marcan las direcciones de ataque de los unos y las líneas gruesas que señalan las posiciones defensivas de los otros, a la vez que llenamos la representación del terreno con las banderas rojas y azules que definen a cada bando.

Las guerras suelen ser «frente a», mientras la nuestra, de la que se trata, va a ser una «guerra dentro de» desde sus mas incipientes manifestaciones, haciendo muy difícil la juiciosa distinción entre línea de contacto y retaguardia que marcan nuestros sabios reglamentos. El segundo aspecto distorsionador que nos ofrece es no saber a ciencia cierta quién manda, siempre en la duda de si mandan todos o no manda ninguno, que viene a ser lo mismo. Así es una guerra entre lo anárquico y lo espontáneo, en la que la jerarquía desaparece y las líneas por donde debieran discurrir las órdenes se enmarañan o se interrumpen a cada paso para seguir un poco más tarde en otra dirección.

Nos la han contado mal. Nos han hablado de una sola guerra que discurre entre el 2 de mayo y el armisticio de Tolosa, pero, si nos aproximamos

¹ Teniente general del Ejército de Tierra.

a sus imágenes desde sus primeros pasos, pese a los incesantes esfuerzos de coordinación de la Junta Central y del Consejo de Regencia, podemos advertir tres guerras distintas, superpuestas, reñidas en un mismo territorio frente a un mismo enemigo y también al mismo tiempo:

Está la guerra popular de los levantamientos, la guerrilla y la defensa de las plazas fuertes. El indisciplinado motor del entusiasmo que primero desata el levantamiento y después suple, prolonga y muchas veces incordia y dificulta el esfuerzo reglado del ejército.

Está la guerra del ejército regular, casi siempre derrotado sin sentirse jamás vencido del todo; prolongando la resistencia más allá de lo razonable; improvisando ejércitos que ni se instruyen, ni se encuadran, disciplinan, arman, visten y alimentan como fuera deseable y necesario, siempre movidos por la prisa, por la necesidad de liberar un territorio cuando aún no se cuenta con la fuerza necesaria para lograrlo. Nuestro ejército perdió la guerra a finales de 1808, cuando nuestros ejércitos fueron desbaratados sobre la línea del Ebro, Napoleón entró en Madrid y Soult expulsó a los ingleses de Galicia; volvió a perderla después de Ocaña cuando los franceses irrumpieron en Andalucía; como la perdió cuando Blake capituló ante Suchet. Pero siguió, siempre siguió combatiendo, reorganizándose un poco más allá después de cada batalla perdida.

Después vendrá la guerra de los ingleses; guerra para alcanzar sus propias metas: la defensa de Portugal, apoyados en la insurrección generalizada de los españoles que impide a los franceses llevar a cabo la concentración de medios que precisarían para batirle. Las tres guerras entrelazadas, inexplicable cada una por sí sola.

Todo empieza igual, entremezclado y acéfalo. ¿Quién manda en Madrid en el alzamiento de 1808? ¿Quiénes son los que aparecen en los cuadros de Goya? En los cuadros clásicos de las batallas son fácilmente reconocibles los generales o los reyes; pero el cuadro de Bailén, de Casado del Alisal, se pintaría sesenta años más tarde. Hasta entonces, las guerras eran un asunto de sólo los ejércitos; esta guerra no va a ser así, y las imágenes de ella que nos quedan nos muestran con tino lo que los libros nos van a enseñar poco a poco.

Pero vayamos por partes. Empecemos viendo cómo era el ejército español en las fechas próximas al 2 de mayo de 1808 y cuál fue su menguada actuación en aquella fecha.

2. El antecedente de la guerra del Rosellón

El ejército español en 1793, poco antes de iniciarse esa guerra se componía de unos ciento treinta mil hombres, encuadrados en treinta y siete

regimientos de Infantería, doce de Caballería, ocho de Dragones y cuarenta y tres de Milicias Provinciales. Durante esa campaña, pese a la incorporación de dieciseis mil quinientos once voluntarios (sin contar a miguelotes y somatenes), los tres cuerpos de maniobra organizados no sumaron más de cincuenta y siete mil infantes y doce mil jinetes. La guerra del Rosellón debe ser tenida en cuenta por haber sido la escuela de mando de los generales y jefes de nuestro ejército que participaron después en la de la Independencia. La pequeñez de los efectivos entonces empleados no les permitió habituarse al mando de grandes masas de maniobra, tal como lo estaban sus rivales franceses en la península. Por ella pasaron Blake, Cuesta, Cornell, Vives, Daoiz, Empedrado, Infantado, etc. Fue una guerra pequeña en la que se soñó enlazar por levante con las tropas del Piamonte y por poniente con la insurrecta Vendee, pero que acabó con los franceses en Miranda de Ebro y con Cataluña invadida.

La incidencia de la guerra de las Naranjas no pasó de un intento frustrado de crear un Estado Mayor General. Más incidencia tuvieron en nuestros mandos las defensas de Orán y Ceuta, los sitios de Gibraltar y la expedición de Gálvez a América.

3. *Los planes de Godoy*

Concluida la guerra del Rosellón, se sucedieron los planes de Godoy para la reforma del ejército. En febrero de 1796, el «Príncipe de la Paz» presentó un extenso informe al rey Carlos IV sobre su situación y la necesidad de reformarlo.² Quiere que se estudien los modelos de Austria y Prusia, donde los soldados permanecen en sus casas y sólo se incorporan a filas cuando se convocan «asambleas». El informe pasó por manos de Azanza, secretario de estado de la Guerra, quien propuso que fuera estudiado por la Junta de Guerra, que tenía como misión la reforma de las Ordenanzas Militares, formada por los capitanes generales Godoy, conde de Colomer, príncipe de Castilfranco y Urrutia, además de catorce tenientes generales, dos mariscales de campo, tres consejeros intendentes, un consejero togado y dos secretarios.

En mayo, la comisión presentó su informe, proponiendo la creación de un ejército permanente para tiempo de paz de cincuenta y seis mil ochocientos cuarenta hombres, que se elevaban a ciento treinta y tres mil doscientos ochenta en tiempos de guerra para formar el ejército de campaña.

² R.A.H. L. MS. 135.

También proponía la creación de campos permanentes de instrucción y maniobras donde debieran rotar las unidades.

En el mismo legajo del archivo de la Academia de la Historia figura el dictamen de Godoy, firmado por Colón, secretario de la Junta de Guerra, el 2 de mayo de 1796. Su dictamen rebasa la propuesta de la junta. Fija en doscientos mil el número de hombres necesarios en tiempo de guerra y en cien mil en tiempos de paz. Para lograr ese desdoblamiento sugiere que cada una de las veintidós provincias mantenga un cuerpo de milicias de seiscientos hombres y que Navarra, Vizcaya y las «provincias exentas», como Aragón y Valencia, mantengan otros seiscientos.

La comisión se apoyó para sus trabajos en un informe del conde de Aranda, fechado el 27 de diciembre de 1770, sobre las dificultades de reclutamiento. Señalaba la falta de aspirantes a entrar en filas, resuelta con la incorporación a los regimientos de Milicianos. Fijaba en seis mil quinientos hombres las necesidades anuales de quintos, pero indicaba que si se lograra la continuidad de los veteranos más allá de los ocho años de duración del servicio militar, y se lograra la filiación de voluntarios, se podría reducir la quinta a tres mil, disminuyendo así su impopularidad; lo que demuestra que no hay nada nuevo bajo el sol. También incluía las levas «...para limpiar los pueblos...» como fuente de reclutamiento.

Los trabajos de esa junta dieron sus frutos unos años más tarde, cuando Godoy llegó a la conclusión de que la paz de Amiens (26 de marzo de 1802) no podía durar mucho y tuvo la intención de aliarse con las potencias centrales, dictándose nuevos reglamentos y ordenanzas para la reorganización del ejército. Los rastros más relevantes de este proceso fueron:

- Ordenanza de 22 de julio de 1802.
- Reorganización de la Artillería, creándose cinco regimientos; tres compañías fijas; cinco compañías de obreros y cuatro de inválidos, con siete mil quinientos veintidós hombres.
- Reglamento Orgánico de 26 de agosto de 1802.
- La Infantería se reorganiza en treinta y ocho regimientos de línea a tres batallones y doce ligeros a un solo batallón, con unos efectivos totales de cien mil ciento sesenta y seis hombres.
- Reglamento de 30 de enero de 1803.- Reorganización de la Caballería en doce regimientos de línea, seis de Húsares y seis de Cazadores, todos a cinco escuadrones de dos compañías, con unos efectivos totales de catorce mil cuatrocientos hombres.
- Ordenanza de 11 de julio de 1803.
- Reorganización del cuerpo de Ingenieros Militares con ciento noventa y seis oficiales y un regimiento de Zapadores Minadores

(dos batallones) con un total de mil doscientos setenta y cinco hombres.

Otras disposiciones regularon las tropas de la Casa Real, fijándolas en tres batallones de Guardias Walonas y otros tantos Españolas; seis escuadrones de Carabineros Reales y cuatro compañías de Artillería, más los Guardias de Corps y Alabarderos, con un total de siete mil doscientos ochenta hombres. Las Infanterías extranjeras se articularon en seis regimientos Suizos, tres Irlandeses y otro Italiano a dos batallones y, por último, se reorganizaron las Milicias Provinciales en cuarenta y tres regimientos a un único batallón y cuatro divisiones de Granaderos a dos batallones, con un total aproximado de treinta mil hombres. Sumados estos efectivos a los anteriores se llegaría a un total de ciento sesenta mil hombres de estar completas las plantillas de los cuerpos.

Se hace preciso referirnos también al más serio de los intentos renovadores del ejército que quedó inédito. Nos referimos a la «Constitución Militar», elaborada por Morla durante el corto periodo de tiempo en que fue Jefe del Estado Mayor del Ejército después de la guerra de las Naranjas y presentada por Godoy al rey Carlos IV el 28 de mayo de 1802. Se suprimió ese Estado Mayor el 30 de mayo de 1802 y con él cayó su obra, aunque sus contenidos se conserven en una voluminosa carpeta de los *Papeles Reservados del Rey Fernando VII* en el archivo del Palacio Real de Madrid.³ Sus objetivos eran lograr un desarrollo armónico de todo el ejército mediante la formación de la oficialidad, la instrucción de las tropas, la racionalización de las plantillas de cada Arma, las previsiones para el retiro de los soldados y la integración de las unidades en divisiones orgánicas dentro de cada capitania, cada una formada por dos brigadas de seis batallones a trescientos treinta y seis hombres, más otro batallón de Infantería Ligera, que en tiempo de guerra doblarían sus efectivos cada uno.

Cuando se va a iniciar la guerra de la Independencia, España contaba con once millones de habitantes; Inglaterra con quince y Francia, incluidos sus estados vasallos, con treinta. Esa base para la movilización de nuestro ejército no iba a dar para más. Además, durante muchos años, España se había debatido entre las necesidades de un fuerte poder naval, para hacer frente a Inglaterra, y un poder militar para oponerse a Francia. La oscilación entre una y otra opciones, que ya fue señalada por el marqués de la Ensenada en 1751 a Fernando VI, acabó debilitando a ambas opciones. En su informe decía: «...Proponer a V. M. que tenga iguales fuerzas de tierra que

³ *Reglamentos Constitucionales para una organización, división y gobierno del Ejército*. Papeles Reservados de Fernando VII, Sección Histórica, Caja 292 (Reinado de Fernando VII):

*Francia y de mar que Inglaterra sería delirio; porque ni la población de España lo permite ni el erario puede suplir tan formidables gastos; pero proponer que no se aumente el ejército y que no se haga una decente marina sería querer que España continúe subordinada a Francia por tierra y a Inglaterra por mar...».*⁴

El marqués concluía su informe pidiendo que el ejército contara al menos con cien batallones libres para entrar en campaña y sesenta navíos y sesenta y cinco fragatas para hacer frente a la superioridad inglesa. Una política de neutralidad armada, desde esas bases, fue posible entonces. Claro está que no había surgido Napoleón.

4. *El ejército español a finales de abril de 1808*

Los datos cuantitativos son confusos. Para Arteché,⁵ los efectivos totales de nuestro ejército eran de ochenta y siete mil doscientos un infantes y dieciseis mil seiscientos veintitrés jinetes (con sólo diez mil novecientos sesenta caballos), más seis mil novecientos setenta y un artilleros y mil doscientos treinta y tres de tropas de Ingenieros. Las Milicias Provinciales, reserva de las unidades de Infantería, llegaban a treinta y dos mil cuatrocientos dieciocho hombres, y aún había Milicia Urbana y unidades de inválidos útiles que servían de guarnición en algunas plazas. Algo más reducida es la cifra que ofrece la sección de Historia Militar,⁶ que los reduce a ciento doce mil ochenta y uno en total.

La Infantería estaba organizada en treinta y cinco regimientos de línea españoles y diez de extranjeros al servicio de España, de los que los seis regimientos suizos eran de soldados de esa nacionalidad; el de italianos y los tres de irlandeses tenían mayoría de soldados españoles. También había doce regimientos de Infantería Ligera, mientras que las Milicias Provinciales estaban organizadas en cuatro divisiones de Granaderos y cuarenta y tres regimientos.

Los regimientos de Infantería de línea contaban con tres batallones de cuatro compañías de fusileros, excepto los primeros batallones de cada regimiento, cuyas dos primeras compañías eran de Granaderos. Los regimientos suizos tenían dos batallones de seis compañías, de las que una era de Granaderos.

⁴ PRIEGO: *Historia de la Guerra de Independencia*. Madrid, 1901, t. 1, p. 131.

⁵ PRIEGO, 1901, t. 1, p. 473

⁶ *Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos Beligerantes en España*. Sección de Historia Militar, Barcelona 1821.

Los regimientos de Infantería ligera contaban con un único batallón de seis compañías, mientras que los de Milicias Provinciales tenían cuatro compañías de las que una era de Granaderos. De esos batallones de Milicias, ocho estaban integrados en cuatro divisiones de Granaderos Provinciales, cada una formada por dos batallones.

La Caballería española contaba con doce regimientos de línea, dos de Cazadores, dos de Húsares y ocho de Dragones, creados estos últimos poco antes de comenzar la guerra. Destacaba la escasez de caballos, reflejo de su escaso número en el campo, donde el mulo era más apreciado.

De todas formas, la proporción establecida entre Caballería e Infantería no alcanzaba los valores estimados necesarios en Europa, donde llegaba a 1/5, mientras entre nosotros era de 1/8 atendiendo al número de caballos.

La Caballería de línea disponía de los caballos de mayor alzada, puesto que su misión era la «carga», el choque contra la Infantería o la Caballería enemigas, para la que la potencia de la montura era fundamental. Todas las unidades del Arma contaban con el sable o espada como arma fundamental y un número limitado de pistolas de arzón y carabinas como armamento auxiliar. Los Dragones, llamados a combatir a caballo o a pie como la Infantería, disponían de fusil y sable.

La Artillería había adoptado el sistema Gribeauval en 1783, desarrollando la Artillería a caballo o volante, con piezas que lanzaban proyectiles de ocho o doce libras (109 y 124 mm. de calibre), capaces de moverse con facilidad sobre el campo de batalla, y de a cuatro libras para el acompañamiento de la Infantería, aunque seguía contándose con las más antiguas piezas Valliere de veintiseis, dieciseis, doce, ocho y cuatro libras, de limitada capacidad de movimientos, pero de las que los parques y plazas fuertes contaban con un gran número.

En cuanto a los morteros, disponía de los de doce y de ocho pulgadas, de ánima cónica, así como de un pedrero de quince pulgadas. Estaba organizada en cuatro regimientos (tres de ellos con cuatro compañías a pie y una a caballo, y el cuarto con cinco compañías a pie); tres brigadas a dos compañías en Ceuta, Mallorca y Canarias, más quince compañías fijas en las plazas fuertes. Estaba escasamente dotada de medios de transporte.

La adopción del sistema Gribeauval, impulsada por Morla, había supuesto una gran mejora de nuestra Artillería. Las nuevas piezas no se fundían alrededor de un núcleo, sino que se formaban horadando un cilindro macizo, lográndose una mayor regularidad del ánima y, por consiguiente, un mayor alcance y precisión.

El peso de las piezas también se redujo a casi la mitad del de las anteriores; así los cañones de «a cuatro», para acompañamiento de la Infantería,

pesaban trescientos kilogramos; seiscientos los de «a ocho» y novecientos los de «a doce». Se les dotó de mira y alza y también se modificó su sistema de arrastre para hacerlos más móviles.

Las piezas de «a cuatro» hacían hasta tres disparos por minuto, y uno o dos las de los otros calibres. Con bala, redonda o alargada, el alcance era de seiscientos a mil ochocientos metros según calibre, y con metralla de ciento cincuenta a seiscientos. Pero el desvío del proyectil podía llegar a 1/6 de la distancia de tiro. La utilización de cartuchos como carga de proyección, que las homogeneizó, simplificó esta operación, tanto para las armas de Artillería como para las de Infantería.

Por último, la Guardia Real contaba con un regimiento de Guardia Walona y otro de Guardia Española, cada uno con tres batallones de seis compañías, que se habían distinguido como unidades combatientes en la guerra del Rosellón, mas tres escuadrones de Carabineros Reales.

5. *El despliegue del ejército español en esas fechas*

Los datos anteriores constituyen «lo que debiera ser» nuestro ejército, pero es dudoso que se alcanzaran esos valores teóricos, que Azanza y O'Farriil reducen a sólo cien mil hombres en total.⁷ El número es importante, pero hay otros factores que deben ser tenidos en cuenta al considerar sus posibilidades.

El primero es su despliegue, cómo se encontraba asentado en nuestro territorio. Es un despliegue disperso y descoordinado, agravado por la concentración de medios en Dinamarca y Portugal.

En Dinamarca, la división que mandaba el marqués de la Romana contaba con catorce mil novecientos cinco hombres y tres mil ochenta y ocho caballos, encuadrados en cuatro regimientos de Infantería de línea, dos de Infantería ligera, tres de Caballería de línea, dos de Dragones, una compañía de Ingenieros y veinticinco piezas de Artillería servidas por cuatrocientos setenta y siete artilleros.

En Portugal, como consecuencia del tratado de Fonteneblau, se encontraban tres expediciones españolas: al norte, Taranco, capitán general de Galicia, con seis mil quinientos cincuenta y seis infantes y quince piezas de Artillería; por Badajoz entró Solano, marqués del Socorro, al frente de nueve mil ciento cuarenta y siete infantes y ciento cincuenta jinetes, mien-

⁷ AZANZA, M. y O'FARRIL, G.: *Memoria de los hechos que justifican su conducta política*. París, 1815.

tras Garrafa lo hacía por Castilla la Vieja con siete mil quinientos noventa y tres infantes, dos mil ciento sesenta y cuatro jinetes y veinte piezas de Artillería. En total, esas tres fuerzas sumaban veintitrés mil setecientos cincuenta y cinco hombres y dos mil trescientos catorce caballos.

Si a las anteriores les sumamos la de Dinamarca, llegaremos a un total de treinta y ocho mil doscientos un hombres y cinco mil trescientos veintinueve caballos: un tercio de los efectivos totales de nuestra Infantería y la mitad de la Caballería montada se encontraba fuera de nuestro territorio.

Azanza y O'Farril se refieren en sus memorias a otro dato que también ha de tenerse en cuenta. En aquellos momentos nos encontrábamos en guerra con Inglaterra, y era forzoso que el ejército cubriera los puntos sensibles de nuestro litoral y aquellas plazas que anteriormente habían sido objeto de las apetencias inglesas.⁸ Citan que quince mil hombres guarnecían las plazas de Africa, Baleares y Canarias; diez mil estaban situados frente a Gibraltar y otros tantos desplegaban en Galicia, cuyos puertos siempre fueron apetecidos por nuestros enemigos. Es cierto que Azanza y O'Farril tendrían la tentación de justificar su postura pactista con los franceses, como sus razones para no luchar contra ellos, pero su argumentación es aceptable y no disiente del cuadro de situación de unidades que figura anexo.

Esos treinta y cinco mil hombres suponían un despliegue periférico disperso, cuando los franceses se encontraban concentrados en situación central. Menos mal que Castaños estaba frente a Gibraltar con diez mil hombres. Azanza, ante esta situación, afirma que se hubiera tardado más de un mes si se hubiera querido reunir veinte mil hombres para oponerse a los franceses, y no fue menos, sino más, el tiempo que se empleó en formar los ejércitos de Bailén y Medina de Río Seco, como para improvisar las defensas de Valencia y Zaragoza.

6. La organización del mando

Ya sabemos que, cuando va a producirse la sublevación generalizada, el rey —o los reyes, porque había dos— estaba fuera de España. En una monarquía absoluta esta circunstancia es gravísima, porque inutiliza el centro del poder, ya que sin rey nadie está facultado para decidir y en España hasta el infante Don Antonio, que presidía la Junta de Gobierno en ausencia de su sobrino Fernando, estaba prisionero de los franceses. No hay autoridad

⁸ IBÍDEM, p. 57.

nacional capaz de decidir y, para colmo, O'Farril, ministro de la Guerra tomará partido por José.

Si descendemos un grado y acudimos a lo que pudiéramos llamar el «escalón regional», nos encontramos con un auténtico caos. La sección de Historia Militar del ministerio de la Guerra acometió, sin concluir, una *Historia de la Guerra de España contra Napoleón*,⁹ donde dice: «...En tiempo de paz, los cuerpos estaban a las órdenes del capitán general de la provincia, pero sin formar ejército, ni darle conocimiento de su situación interior. En tiempo de guerra, se formaban apresuradamente brigadas y divisiones, compuestas de diferentes armas y se ligaban entre sí, y con el general en jefe por medio de estados mayores que se creaban al mismo tiempo. Los generales no conocían a los jefes de los regimientos, ni podían formar juicio del estado en que se encontraban los cuerpos, y los estados mayores carecían de aquella facilidad en el manejo y celeridad en la ejecución que nace de la costumbre...».

El juicio anterior es coherente con actuaciones anteriores de nuestro ejército. Los generales que mandaron las tropas en la guerra del Rosellón no fueron los capitanes generales de Cataluña, Aragón o Guipuzcoa, sino los designados por el rey para esa misión, a quienes se le destinaron unidades y cuarteles generales; como se hizo para la invasión de Portugal capitaneada por Godoy con Morla de jefe de Estado Mayor; o con la expedición del marqués de la Romana a Dinamarca o a la de O'Farril a Etruria. Las capitanías eran así depósitos de donde se extraía la fuerza que se estimaba necesaria, unida a otras para organizarse de un modo diferente. Recordemos la propuesta malograda de Morla de formar divisiones orgánicas en cada capitanía. En aquellos tiempos, lo territorial no tenía correspondencia orgánica alguna.

Eran guerras expedicionarias, no la nación en armas como vendría a ser la de la Independencia. ¿No llama la atención que en la del Rosellón, cuando todo nos llega a ir tan mal, el resto del ejército no intervenga y casi sólo se refuerza el de Cataluña con algún regimiento suelto y sus somatenes y migueletes? ¿Por qué en las continuas guerras anteriores contra Francia las grandes batallas se dieron en Italia, Borgoña, Flandes o Alemania y nunca en la frontera que nos es común? Guerras sin continuidad geográfica con nuestro suelo. Ni hay tradición, ni costumbre, ni metodología para hacer frente a lo que se nos va a venir encima: el espectáculo, insólito hasta el momento, de empezar una guerra a la vez que se moviliza a la población y

⁹ MINISTERIO DE LA GUERRA (Sección de Historia Militar): *Historia de la Guerra de España contra Napoleón*. Inconclusa, Madrid, 1818, p. 136.

se procede a la organización del mando y de los medios. Se empezará así la guerra cuando aún no exista el instrumento que ha de llevarla a cabo.

6. *Los mandos del ejército español*

Los mandos de nuestro ejército tenían el mismo sistema de ascenso que el establecido en los otros países europeos con la excepción de Francia, inmersa en una guerra sin fin. Se ascendía lentamente en los regimientos, habiendo gran número de capitanes mayores de cincuenta años, o se ascendía aceleradamente por pertenecer a la nobleza o a las unidades de la Guardia Real. Había academias militares, pero escasas en número de alumnos y dispersas en el territorio, como hubo las de Orán, Ceuta, Puerto de Santa María, Ocaña, Barcelona y Zamora; pero en 1795 se redujeron a las de Zamora, Barcelona y Cádiz, para cinco años más tarde dejar sólo la de Zamora. A esas academias concurrían cadetes y oficiales jóvenes de los cuerpos de Infantería y Caballería. Los profesores procedían del Arma de Ingenieros y su director era un coronel de la misma Arma. En 1805 se reunieron en Zamora las de Cádiz y Barcelona y se estableció un plan de estudios de dieciocho meses. En los nueve primeros se estudiaba aritmética y geometría, y en los siguientes fortificación, Artillería y dibujo. Cuando acababan el curso, los alumnos que aspiraban a ingresar en el cuerpo de Ingenieros marchaban a su academia de Alcalá y el resto a las Armas de procedencia. Las plazas de alumnos eran escasas: seis para Guardias Españolas y Walonas; treinta para Infantería de línea y ligera; dieciseis para Caballería y Dragones y ocho para Milicias. Una excepción notable era la formación de la oficialidad de las Armas Facultativas. El Colegio Militar de Artillería de Segovia daba a sus alumnos una sólida formación científica y técnica. Su régimen de estudios abarcaba un periodo de tres años y diez meses, con una primera parte dedicada al aprendizaje de las matemáticas y de las ciencias, mientras el siguiente lo dedicaban al conocimiento específico del Arma. La compañía de cadetes se componía de sesenta a cien alumnos, que debían ser hidalgos o hijos, al menos, de capitán primero del Arma.

La Escuela de Ingenieros estaba establecida en Alcalá de Henares. Los estudios abarcaban tres años y sus alumnos eran oficiales de las Armas que ingresaban en ésta después de superar un riguroso examen de ingreso.

Los aspirantes a oficial que ingresaban en los Cuerpos tenían ante sí un largo camino. Pasaban por academias regimentales de cabos y soldados o, como cadetes, se convertían en oficiales por gracia real.

Hay casos significativos: Castaños era capitán con catorce años (después pasaría por las academias de Barcelona y Orán) y el conde de Montijo comenzaría su carrera militar como teniente coronel. Pero no nos extrañemos demasiado. Wellington obtuvo sus ascensos de alférez a teniente coronel por compra de los correspondientes despachos.

La experiencia de guerra de estos cuadros de mando era escasa. Los más expertos habían participado en la guerra del Rosellón; otros limitaban su experiencia a las expediciones de Galvez a la Luisiana o la de Argel, y a las defensas de Orán, Cádiz, Ferrol o Ceuta, como a los sitios de Gibraltar. No tenían el hábito de la maniobra de grandes unidades en el campo de batalla ni, posiblemente, habían visto a alguna moviéndose en maniobras en campo abierto.

Unos pocos habían pertenecido al ejército de Napoleón, como Lacy, o habían convivido con él, como O'Farril o los componentes de la expedición a Dinamarca. Nuestros cuadros de mando tenían pues una formación técnica deficiente, como por otro lado era normal en el resto de los ejércitos europeos con excepción de los franceses, y una experiencia guerrera escasa.

En el *Estado Militar de España* correspondiente al año 1808¹⁰ figuran cinco capitanes generales; ochenta y siete tenientes generales; ciento diecisiete mariscales de campo y ciento noventa y siete brigadieres. Por otro lado, en los estados de organización y fuerza ya señalados, aparecen seis mil cuatrocientos ochenta jefes y oficiales.

El territorio español se dividía en once capitanías generales, cuatro comandancias generales (Canarias, Vizcaya, Costa de Asturias y Santander, y Campo de Gibraltar) y un gobierno militar (Ceuta), más la organización de los Virreinos en América.

Si como hemos visto el número de los generales era desproporcionado (ni uno solo de los cinco capitanes generales, ni ochenta y cuatro de los tenientes generales tuvieron el menor papel en la guerra), los cuadros de mando inferiores eran escasos debido a las sucesivas reducciones introducidas por Godoy para ahorrar dinero. Oman, el historiador inglés, da mucha importancia a este hecho, que obligaría a incorporar como oficiales a una gran cantidad de hombres carentes de la práctica y de los conocimientos mínimos indispensables para ejercer como mandos en los sucesivos ejércitos que se vayan organizando. No había para completar los cuadros del ejército permanente y mucho menos para encuadrar al que resultaría de las sucesivas movilizaciones, en grave detrimento de la disciplina de las tropas en el campo de batalla.

¹⁰ *Kalendario Manual y Guía de Forasteros*. Imprenta de la Gazeta, Madrid, 1808.

7. La instrucción de las tropas

Los años anteriores a la iniciación de la guerra supusieron el paso de los reglamentos basados en la táctica prusiana a la copia, o adaptación, de los procedimientos franceses. Pero los pasos fueron dispersos, fuera de toda norma, porque si «en los acantonamientos de instrucción» de Extremadura se practicaba la táctica francesa, introducida por el general Pardo Figueroa, los Cuerpos que no habían asistido a esas escuelas prácticas se regían por los anteriores procedimientos, variando según el capricho del jefe respectivo.

En 1798 se tradujo al español el reglamento francés para su Infantería (que se mantuvo vigente en aquel país hasta el reinado de Luis Felipe). De las láminas de ese reglamento se conserva un ejemplar en la biblioteca del Palacio Real de Madrid.¹¹ Más tarde, en 1808, se editó en la capital de España el *Tratado de Ejercicios y Maniobras de la Infantería*, del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca Central Militar.¹² Las láminas de este reglamento y las del anteriormente citado son iguales.

En ambos, siguiendo la doctrina de Guibert, para quien el fuego de la línea de tres o cuatro filas predominaba sobre la potencia de choque a la bayoneta de la columna, la formación básica era la línea de tres filas, con hombres situados en contacto físico los unos con los otros, y las filas, cuando las tropas no llevaban mochila, a distancia de un pie, o de cuatro pasos si se ordenaba «tomar distancia las filas». Las compañías, divididas en cuartas y mitades, en fila de a tres, acoladas en el batallón, y estos igualmente acolados en la formación del regimiento o brigada. Recuérdese que a esta Infantería se le llamaba de «Línea». Sin embargo hay razones para pensar que no se confiaba demasiado en la potencia de fuego sobre la fuerza del choque. Indicativo de ello es que, en los relatos de la época, la fuerza de la Infantería se mediera por el «número de bayonetas», como el de «sables», «lanzas» o «caballos» al referirse a la Caballería, sistema de denominación que se conservó hasta finales del siglo XIX.

Junto con la «línea de batalla», como formación más general y básica, existía también la «columna de ataque». Sobre su empleo, el reglamento de 1808 se extiende «...en la necesidad de mantener el necesario fondo, de donde dimana su fortaleza, y de no extenderse demasiado en el frente para facilitar su movimiento...». Por eso se estima que nunca deberá formarse una columna de ataque con más fuerza que un batallón y que, en el caso de que el general dispusiera que la línea se formara en «columnas de acción»,

¹¹ B. P. IX - 3.829

¹² V-71-9-8

cada una de ellas no debería exceder a un batallón. La «columna de batallón» se formaba por compañías sucesivas, cada una en línea de a tres filas, sin espacio en profundidad diferenciado entre ellas o, como mucho, el equivalente al fondo de una cuarta de compañía.

Más adelante señala que estas columnas de batallón precisan auxiliar su ataque con Artillería bien servida y tropas ligeras intermedias que hagan fuego contra las atacadas y contesten a las que a las que éstas dirijan contra las columnas, cuyo único objeto es marchar rápidamente y «...*trastornar al enemigo al arma blanca...*». Para estos fines, las columnas se cubrían al frente con un despliegue abierto de Infantería ligera.

Revisar las evoluciones de las unidades en ese reglamento es una labor ingrata. Todo mandado y ejecutado a la voz de mando, con posiciones distintas para guías, abanderados, sargentos, oficiales, etc; con movimientos pausados y reglados de los hombres y referencias continuas a las posiciones de los pies, los hombros y las cabezas. Con ese reglamento se comprenden las dificultades que experimentó la Infantería española en aquella guerra, tratando de acometer su complejidad tras una instrucción apresurada y somera.

Las armas de fuego de la Infantería eran de chispa, de corto alcance y escasa precisión. El fusil español era de ánima lisa y de 18,3 mm de calibre.¹³ A las anteriores limitaciones se unían las dificultades para cargarlas, que se realizaba en formación a la voz de mando, descompuesta en once movimientos sucesivos, cada uno con su correspondiente voz. El reglamento de 1808 es muy minucioso en la descripción de estas operaciones, complicando el hecho de cebar y cargar el arma con prolijas descripciones de los movimientos de los pies, posición de los hombros y giros de la cabeza. En cuanto al fuego, el reglamento establecía que a cien metros se apuntase a la rodilla; a doscientos al pecho y a trescientos a la cabeza. El tiro contra formaciones cerradas del enemigo se estimaba bueno a cien metros, pasable a doscientos y sin precisión a mayores distancias. Pese a lo que indicaban los reglamentos, no se estimaba posible lograr un tiro preciso a más allá de los sesenta metros. Cada soldado llevaba consigo cincuenta balas con sus correspondientes cartuchos, y se consideraba que podía hacer cuatro disparos cada tres minutos. Con ese fuego no se buscaba la precisión, sino el efecto de masa con la descarga cerrada de todos los fusileros a la vez.

Para la instrucción de tiro, el soldado recibía anualmente cuarenta onzas de pólvora, diez balas de plomo y cuatro piedras de chispa. Los

¹³ CASARIEGOS, F. E.: *Catálogo Histórico de las Armas*. Barcelona, 1982.

reclutas recibían doce onzas, seis balas y dos piedras durante su primer año de servicio. Como cada disparo consumía una carga de pólvora de doce gramos, cada soldado podía hacer diez disparos con bala y setenta de fogueo, y cada recluta seis y veinticuatro respectivamente. Lo que indica que la instrucción de tiro era muy deficiente, aunque se ensayara repetidamente con serrín la compleja operación de cebar y cargar el arma. Así el rendimiento individual del tiro era muy escaso, estimándose que sólo uno de cada cien disparos daba en el blanco. Queda reseñar que esa Infantería marchaba a sesenta pasos por minuto; la «marcha redoblada» era a ciento veinte.

En cuanto a la Caballería, ésta cargaba en frente amplio, al galope y en dos filas sucesivas seguidas de una reserva. Al frente se destacaban pequeñas partidas dispersas para cubrir el despliegue y para alejar a los tiradores avanzados de las líneas enemigas. El regimiento desplegaba con cuatro escuadrones acolados en primer escalón y en éstos las dos compañías que lo constituían, una detrás de otra y cada una en una fila. El quinto escuadrón constituía la reserva, situando media compañía en columna detrás de cada escuadrón.¹⁴ La distancia entre las dos primeras filas era la «suficiente» para que los fuegos dirigidos a la primera no alcanzaran a la segunda y «la necesaria» para que no hubiera solución de continuidad entre la carga de una y otra filas. Se marchaba al trote hasta unos ciento cincuenta pasos del enemigo, para llegar al galope largo a unos cincuenta, momento en el que los trompetas iniciaban el toque de «a degüello».

8. *La logística en nuestro ejército*

La visión desordenada de nuestro ejército a lo largo de la guerra se agudiza cuando se contemplan sus aspectos logísticos. No hay armas ni municiones, porque los parques se abrieron al pueblo en los primeros momentos y, cuando se quiere organizar un ejército, se carece de ellas. Además, las fábricas de armas van a caer pronto en manos enemigas y va a ser necesario improvisar otras en el sur llevando allá armeros vizcaínos. Inglaterra suple cuando puede o quiere, porque tampoco sus almacenes disponen de las desorbitadas cantidades que les solicitamos pero, al final de la guerra, nuestro ejército tendrá más fusiles ingleses que españoles.

¹⁴ *Explicaciones a las láminas del Tratado de Ejercicios y Maniobras de la Caballería*. Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Grabado 414 IX 8.299

Va a ser un ejército desnudo, como claman Castaños antes de la batalla de Tudela y Cuesta en los tiempos de Talavera. Lloverán los informes sobre la Junta Central y la regencia. Se quejan todos.

También es un ejército mal alimentado. ¿Qué come el soldado? ¿Cómo y cuánto se le paga? Las tripas de nuestra guerra que deben sostener a las espadas y a las bayonetas. La guerra no son sólo las batallas, las victorias y las derrotas.

No existía en España por entonces un organismo específico dedicado al mantenimiento del ejército. La Real Hacienda proveía a todo, y sus empleados llevaban a las tropas los recursos. Al nombrarse un intendente para la asistencia de un ejército, se le daba al mismo tiempo la dirección superior de la administración civil de las provincias o regiones juntamente con el de las fuerzas que en ellas desplegaban, aunque no dejaban de estar subordinados a los generales en jefe en los asuntos que entonces se llamaban «puramente militares». El ejército no era administrado por la secretaría de estado de la Guerra, ni disponía ésta de consignaciones diferenciadas para satisfacer sus necesidades. El ramo de Hacienda enviaba así a sus funcionarios a los ejércitos para dejar a los militares separados de todo lo que no fuera peculiar de su oficio. El intendente de un ejército era fundamentalmente el director del Servicio de Subsistencias, y lo satisfacía en contacto con las autoridades civiles de la región o provincia mediante contratos.¹⁵

Don Tomás González de Carvajal, intendente del ejército, publicó en 1810 un tratado sobre la organización de este servicio.¹⁶ A sus consideraciones nos iremos refiriendo seguidamente, teniendo en cuenta que lo que él nos dice es «...*lo que debiera ser...*», pero de ninguna manera lo que fue.

Por aquellos tiempos, el sueldo mensual de un comandante era de dos mil reales; novecientos el de un capitán; cuatrocientos cincuenta el de un teniente; ciento treinta el de un sargento primero; noventa el de un cabo primero y sesenta y cuatro el de un soldado. La ración diaria de pan era de libra y media (setecientos gramos) y su costo de tres cuartillos de real; la de paja y cebada por caballo era de cinco reales y un cuartillo. Los suizos cobraban diecisiete reales diarios, según la capitulación firmada en Berna en 1804.¹⁷

Sobre las provisiones, G. de Carvajal las clasifica en ordinarias y extraordinarias: «...*Llamo ordinarias a las que en tiempo de paz señala la Ordenanza, y son pan para la tropa y paja y cebada para los caballos. Llamo*

¹⁵ LAMBARRI Y YANGUAS, Fernando de: *Galería Militar de Intendencia*. Barcelona, 1973

¹⁶ GONZÁLEZ DE CARVAJAL, Tomás: *Del Oficio y Cargas del Intendente del Ejército en Campaña*. Valencia, 1810

¹⁷ *Colección de Ordenes y Decretos*. Biblioteca Central Militar, Madrid, t. XVIII.

extraordinarias a las que se suelen conceder en tiempo de guerra, como carne, tocino, menestras, vino, vinagre y queso...». Opina que con el real diario que se les da de plus en campaña a cada soldado y la ración de pan, debe comer, porque el soldado es frugal y porque esa era la comida normal del campesinado. Si alguna unidad hacía un esfuerzo superior al normal se le daba a sus hombres una ración extra de cuatro onzas de galleta (un pan endurecido que había que meter en agua para poder comerlo), dos de queso y dos de aguardiente. Con todo, se estimaba que el soldado necesita diariamente, además de pan, «...algunas menestras o verduras y algún tocino, carne o manteca para engrasarlas. Los oficiales necesitan más provisiones, y más exquisitas y mejores los generales...».

Se consideraba inútil satisfacer esas necesidades con almacenes del ejército. El gran almacén debía ser el mercado del cuartel general, o del campamento, y los mercaderes, trajinantes y vivanderos los que lo surtan. Para ello el intendente avisaba a los pueblos cercanos para que enviasen al cuartel general cuantos comestibles y licores quisieran vender, incluido ganado vivo, advirtiéndoles que no pagarían tributos por sus ventas. Igual se hacía con la fundamental ración de pan, avisando a los pueblos del itinerario de marcha o de las cercanías de los campamentos del número de raciones que se necesitaban diariamente.

Se comprende que este sistema, cuando el ejército se movía por zonas anteriormente esquiladas, debía fallar estrepitosamente. Por otro lado, que el soldado comía —o no comía— por su cuenta queda claro en este otro párrafo del mismo libro del intendente: «...Se ha hecho más importante y difícil de lo que debiera ser por lo mucho que se va extendiendo el suministro de tocino, bacalao, arroz y toda especie de menestra a nuestra tropa. No sería así si hubiera de valer mi opinión, que queda bien aclarada en la primera parte. A más de por la escasez de fondos para pagar el prest (haber diario de la tropa) en dinero, o porque quiere adaptar a nuestra nación ese uso extranjero, hacemos ya campañas enteras dando de comer a la tropa...». Para esa comida, la menestra consistía en cuatro onzas de arroz por plaza (cien gramos) o seis de cualquier otra semilla; dos onzas de tocino por plaza o cuatro de bacalao. No se muestra partidario de repartir cabezas de ganado vivas por el desperdicio que se produce en la matanza «...como porque no conviene acostumar al soldado a comer carne fresca...» El soldado carecía de plato y comía directamente de la olla que cocinaba su escuadra por el sistema de «cucharada y paso atrás» Se solían hacer dos comidas al día con igual composición.

El sistema de transporte descansaba en tres elementos: los bagajes que se tomaban de pueblo en pueblo, las brigadas de carros y las brigadas de

acémilas. Ninguno de estos medios era propio de los ejércitos, todo dependía del alquiler de los medios de la población civil o de su requisita forzosa. Los primeros constituían un tributo de servicios. Se tomaban en un pueblo y se relevaban en el siguiente, utilizando cualquier medio de transporte de su población, al que debía acompañar su propietario para volver a su origen una vez realizado el servicio. Las brigadas de carros debían tener diez carros con cuarenta mulas. Un capataz se encontraba el frente de ellas y se pagaban de veinte a veinticuatro reales diarios por mula y doce por carro y carretero. El alquiler se pagaba desde el día en que se contrataban los servicios y, para evitar deserciones, se recomendaba tener siempre a los muleiros a media paga. Los carros se empleaban para cualquier transporte, incluido el de heridos. Las brigadas de mulas debían contar con cuarenta mulas, y se pagaban de doce a catorce reales por cada semoviente y su acemilero. Esas brigadas se empleaban principalmente para el transporte de la impedimenta de las unidades.

En cuanto al Servicio Sanitario, se partía de la estimación de que el número de soldados enfermos era del diez por ciento de los efectivos de las unidades. En los hospitales debía haber un médico cada cincuenta o sesenta enfermos y se montaban generalmente en conventos. El servicio se escalonaba en Hospitales de Tránsito, a retaguardia de cada división, como a una legua, con sesenta camas; Hospitales de Curación, más atrás, y de Convalecientes ya en plena retaguardia. En cuanto al primer escalón del Servicio Sanitario, señala que *«...cuando se va a dar una batalla, deben seguir al ejército algunos cirujanos y practicantes, que con los de los regimientos curen a los heridos, llevando consigo tiendas para situarse con ellas a distancia conveniente, con banderas encarnadas para que desde lejos, si hay otras, puedan distinguirse. Se les dotará de parihuelas y camillas para conducir al hospital a los heridos ya curados...»*.

10. La génesis del levantamiento

Así llama Toreno en su historia al estallido de la guerra, que surgirá descoordinado, sin obedecer a plan previo alguno ni a caudillos conocidos. Pero se produce como consecuencia de una situación determinada: el ansia de dominio de los invasores franceses y la temerosa apatía de los gobernantes españoles. No entra en mi intención extenderme en el análisis de estos factores ni de los hechos que los determinan, pero si es necesario investigar y recoger el impacto que tuvieron en el tema que desarrollo: el Ejército Español en mayo de 1808.

Después de la paz de Basilea, los tratados de San Ildefonso, de 18 de agosto de 1796, y de Fonteneblau, de 27 de octubre de 1807, nos subordinaron a Francia. Por el primero de esos tratados pusimos a disposición de nuestros vecinos dieciocho mil infantes y seis mil jinetes que marcharían primero a Etruria y de allí a Dinamarca, mientras que, de acuerdo con el segundo, fuerzas españolas penetrarían en Portugal en la forma ya señalada anteriormente como auxiliares de un ejército francés de veinticinco mil hombres que, a través de España, marcharía directamente contra Lisboa. A la vez, otros cuarenta mil franceses se concentrarían en Bayona para seguir a los anteriores si los ingleses acudieran en apoyo del reino luso.

El 27 de octubre de 1807 se descubrió en El Escorial la conspiración del entonces príncipe Fernando contra su padre, el rey Carlos IV. Fernando buscaba la mediación de Napoleón a su favor, como también acabó buscándola su padre. Desde el punto de vista de la guerra a venir, su trascendencia va a ser el deseo de ambos de no incomodar y de evitar cualquier enfrentamiento con el emperador francés. Cerrar los ojos, porque los cuarenta mil hombres que debían esperar en Bayona se convirtieron en cien mil escalonados entre la frontera francesa y Madrid, y en la ocupación de las fortalezas de San Sebastián, Pamplona, Pancorbo, Figueras, la ciudadela de Barcelona y Montjuich.

Por mucho que no se quisiera ver, era evidente que el despliegue francés desbordaba lo acordado en Fontaineblau. A primeros de marzo de 1808, Godoy convenció al rey Carlos de la necesidad de retirarse a Andalucía o Badajoz, para desde allí iniciar la resistencia frente a los claramente invasores franceses. En Madrid, el Príncipe de la Paz ordenaba a las tropas de Taranco que se replegaran a Galicia y a las de Solano que se dirigieran a la zona de Toledo-Talavera, enlazando en Aranjuez con la guarnición de Madrid que se concentraría en ese Real Sitio.¹⁸

Para entonces, Solano había abandonado Portugal y se encontraba al frente de sus tropas en Extremadura, con la Caballería y Artillería de Carrafa. Esas tropas, unidas a la guarnición de Madrid, y a algún regimiento que el capitán general de Valencia enviaría, supondría la reunión de cerca de treinta mil hombres. Una fuerza inferior a la totalidad de los efectivos franceses, pero capaz de una resistencia aceptable. Hubiera sido el principio de la guerra organizada que debiera haber sido.

En cuanto a la guarnición de Madrid, Godoy ordenó que se concentrara sigilosamente en Aranjuez, donde se encontraban los reyes, la Guardia de

¹⁸ *Memorias del Príncipe de la Paz*. Tomo V, pp. 453 y s.

Corps, las guardias Española y Walona, los Carabineros Reales, la brigada de Artillería Volante, el regimiento de Dragones del Rey, el regimiento de Voluntarios de Aragón, los Granaderos Provinciales y la Guardia del Generalísimo, más los regimientos suizos de Preux y 2º de Reding. Entre Madrid y Aranjuez se situarían el regimiento de Dragones de Lusitania; en Pinto el de Voluntarios del Estado; en Valdemoro el de América y en Colmenar de Oreja el de Zapadores Minadores.¹⁹

Pero el 13 de marzo, empujado por su hijo, el rey desistió de ese plan. El 17 por la noche se produjo el motín palaciego de Aranjuez y Fernando unos días más tarde, ya rey, con Escoiquiz, impuso su criterio de que Napoleón se limitaría a apoyarle en su pleito dinástico y a discutir diplomáticamente la permuta de las provincias españolas situadas al norte del Ebro por la porción central de Portugal. El 23 de marzo entraba Murat en Madrid como lugarteniente del emperador y al día siguiente lo haría triunfalmente Fernando VII.

Ya no habría la guerra planificada deseable. Fernando saldría el 10 de abril de Madrid camino de Bayona, a donde llegaría el 20, y diez días más tarde lo harían los reyes padres. En Madrid quedaría el infante Don Antonio presidiendo una Junta de Gobierno que se debate entre la evidencia de la invasión francesa y los deseos de no hacer nada que pudiera agravar la situación de Fernando. El 29, esa junta consultó con Fernando si podía delegar sus poderes en otra junta que se estableciera en un lugar seguro para iniciar la resistencia, y si parecía oportuno convocar a cortes. Pero Fernando no decidió y su tío tampoco. Se dio contraorden y se desbarató el despliegue preventivo. Los regimientos suizos de Preux y Reding se trasladaron a Getafe y de allí a Toledo y Talavera; los Granaderos Provinciales, que habían salido de Ciudad Rodrigo a Madrid, volvieron a su guarnición de origen; el primer batallón de Saboya, que llegaba de Cartagena, se detuvo en Arganda; los Voluntarios de Toledo se distribuyeron para guardar los caminos; los de Aragón marcharon a Sevilla; los Guardias Españoles y Dragones de Lusitania se acuartelaron en Valdemoro y Aranjuez y los Carabineros Reales se dirigieron al Escorial. En Madrid quedarían el tercer batallón de la Guardia Walona, el regimiento de Voluntarios del Estado, los Guardias de Corps que no habían marchado con Fernando hacia Francia y los Alabarderos, más el destacamento del tercer regimiento de Artillería que custodiaba el Parque de Montealeón y pequeñas representaciones de otros cuerpos. Se sucederán el levantamiento en Madrid del 2 de mayo, las abdicaciones de

¹⁹ *Memorias del Príncipe de la Paz*. Tomo V, p. 486.

Bayona y la insurrección generalizada: la guerra contra los franceses partirá de cero.

11. El Dos de Mayo: las fuentes

Del dos de mayo se sabe todo. Están los relatos de testigos presenciales tan notables como Mesonero Romanos,²⁰ Antonio Alcalá Galiano,²¹ y el mismo conde de Toreno,²² además de los artilleros que participaron en la defensa del Parque de Monteleón y que informaron de su desarrollo al Director de Artillería, García de Loygorri.²³ Están, ante todo, las publicaciones de Tamarit²⁴ y Pérez de Guzmán.²⁵ También este tema ha sido tratado por todos los historiadores de nuestra Guerra de Independencia, desde los míticos como Salmón, Clemente Carnicero o Príncipe, a Arteche, Oman, Priego, Artola, etc. Está todo, pero unas veces oculto por detalles contradictorios y otras por el follaje de la retórica o la poesía. Y no hace falta ni retórica ni poesía, porque el relato ajustado a los datos comprobados basta para evidenciar el patriotismo y el heroísmo de los que se enfrentaron a los franceses en aquella ocasión. Pérez de Guzmán recoge los nombres de doscientos diecisiete autores que publicaron poesías sobre estos sucesos.

12. Los días previos a la rebelión

Nos cuesta mucho trabajo creer que los propósitos de los franceses no fueran evidentes ante los ojos de nuestros conciudadanos. Los testigos de aquella situación nos hablan insistentemente del malestar creciente de la población madrileña. ¿Qué hacer? Porque los franceses tenían en Madrid y sus alrededores veinticinco mil hombres,²⁶ ocupando el Retiro con numerosa Artillería. Madrid se encontraba ocupado y además rodeado por los franceses.

El 1 de mayo, O'Farril, secretario de estado de la Guerra, informó a la junta de que la guarnición española de Madrid se limitaba a tres mil hom-

²⁰ MESONERO ROMANOS, R.: *Memorias de un setentón*. Madrid, 1961.

²¹ ALCALÁ GALIANO, A.: *Recuerdos de un anciano*. Madrid, 1955.

²² TORENO, Conde de: *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. París, 1838. *Memorial de Artillería*. 1852, t. VIII.

²³ TAMARIT, Emilio de: *Memoria histórica del 2 de mayo*. Madrid, 1851.

²⁵ PÉREZ DE GUZMÁN, J.: *El 2 de mayo de 1808 en Madrid*. Madrid, 1908.

²⁶ TORENO, 1938, I. II, p. 142.

bres y que su población (ciento treinta mil habitantes) estaba desarmada.²⁷ Pero los incidentes entre esa población y los franceses iban en aumento. El 17 de abril ingresaron en los hospitales españoles tres soldados franceses heridos que fallecieron posteriormente; el 19 ingresó uno; el 20 fueron tres; cinco el 23; cuatro el 24; dos el 25; tres el 26; dos el 27; ocho el 28; tres el 30 y dos el día 1 de mayo.²⁸ Otros incidentes similares se habían producido ya en Toledo y Burgos.

Los franceses eran conscientes de los sentimientos de los madrileños. El 16 de abril Murat había llamado a O'Farril para protestar de que algunos soldados franceses habían sido asesinados en Madrid; que sus habitantes manifestaban su desafecto a ellos; que los Guardias de Corps tenían mucha culpa de ello y que Solano no tenía órdenes de obedecer a Junot.²⁹ Tres días más tarde, Napoleón escribió a Murat. Le decía: «...*El Señor Beauharnais me dice que sería posible que el Duque del Infantado se halla a la cabeza de un movimiento en Madrid. Si esto ocurriera, lo apaciguareis con el cañón y haciendo una serena justicia. Recordad las diversas circunstancias en que, bajo mis órdenes, habéis hecho la guerra en las grandes ciudades. No se combate en las calles; se toman las cabezas y se establecen buenas baterías...*».³⁰

¿Hubo conspiración previa? Pérez de Guzmán nos ofrece una larga relación de oficiales de Artillería, destinados en diversos puntos de España, como muestra de una trama, pero no ofrece documento alguno que la avale, ni aparecen oficiales de Artillería en cabeza de los levantamientos que se van a producir en otras ciudades. El intendente honorario don José Arango, el brigadier don Francisco Novella y el mariscal de campo Navarro Falcón testificaron sobre la reiterada actitud rebelde de Velarde y su vehemencia verbal contra los franceses, y Tamarit se extiende en un conato de desafío de Daoiz con unos oficiales franceses. Lo que sí hay es un plan, escrito por Velarde, que su tío don Julián Velarde remitió a García de Loygorri en 1814. Pero ese plan a lo que se parece es a los propósitos de Godoy, porque en él, contando con las fortalezas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, lo que propone es que las tropas españolas del sur de Portugal se reunieran en La Mancha con las de Andalucía, mientras que las situadas al norte debían hacerlo con las de Galicia por Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora.

Además hay otro razonamiento: No se puede entender una conspiración previa en Madrid dado el menguado concurso militar con el que se desarrolló.

²⁷ AZANZA y O'FARRIL, 1815, p. 57.

²⁸ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 288.

²⁹ AZANZA y O'FARRIL, 1815, p. 856.

³⁰ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 234.

13. *Los relatos de Mesonero Romanos y Alcalá Galiano*

El primero contaba tan sólo con cinco años en esa fecha, pero nos recuerda, posiblemente por conversaciones posteriores con sus padres, la división de opiniones entre los que veían a los franceses como garantes de la monarquía de Fernando y los muchos más que ya los consideraban enemigos encubiertos. El oía lo que se decía en las tertulias de su casa y ya era consciente del clima de rebelión que se iba extendiendo y de cómo el intento francés de publicar la proclama de Carlos IV anulando su anterior abdicación generó una gran indignación, así como la liberación de Godoy. A las diez de la mañana del día 2 de mayo vio cómo un grupo de paisanos armados pasaba frente a su casa llamando a la insurrección. Entrada la tarde observó como aparecían a caballo las autoridades españolas, civiles y militares, los ministros Urquijo y Azanza acompañados por varios Consejeros de Castilla enarbolando pañuelos blancos y diciendo: «...*Vecinos, paz, paz, que todo está compuesto...*». Cuando cerró la noche empezaron a oírse descargas de fusilería en las calles en distintas direcciones para amedrentar al pueblo, pero no las liga a la ejecución de patriotas.

La visión de Alcalá Galiano que, desde su domicilio en el cruce de las calles del Barco y de la Puebla deambuló por la del Pez, es la de una ciudad poblada de pequeños grupos iracundos que oscilan entre dirigirse a los cuarteles para armarse o dedicarse a la caza de los soldados franceses que se movían por la ciudad: «...*sólo se veía en las calles a paisanos furiosos, casi todos de las clases ínfimas, provocando, y uno u otro militar conteniendo. De los primeros, los hubo que mostraron ciego valor, abalazándose a los franceses armados y juntos a buscar vencimiento y exterminio seguros; pero en casi ningún punto hubo verdadero combate, salvo en el Parque de Artillería. El 2 de mayo, pues, sublime por el valor temerario de algunos y por el propósito de declararse contra el formidable poder francés, casi general en todos, pero no fue un milagro; y eso hubiera sido si turbas de paisanaje, ninguna de ellas muy crecida y con buenas armas, hubiera intentado una lid con batallones, o siquiera con compañías del enemigo...*».

14. *La revuelta ante palacio*

En la mañana del 2 de mayo, por orden de Murat, debían salir de Madrid camino de Bayona la reina de Etruria y el infante niño Don Francisco. A las nueve de la mañana partió la reina sin incidente alguno, pero un grupo numeroso de paisanos congregado ante el Palacio Real observó que queda-

ban dos coches preparados para partir, y que en ellos viajaría el infante, de quien un empleado de palacio informó que lloraba porque no quería marcharse. En ese momento llegó un ayudante de Murat que fue agredido y, aunque al principio fue protegido por un oficial de la Guardia Walona, acabó extraído del tumulto por una patrulla francesa. La residencia de Murat estaba próxima (en la actual plaza de la Marina Española, edificio del Senado) y de allí acudió un batallón francés con dos piezas de Artillería (otros relatos dicen que sólo una patrulla), que hicieron una descarga sobre los corros de civiles desarmados, que se dispersaron por los distintos barrios de Madrid llevando a ellos el furor del levantamiento.

No me corresponde desarrollar la actitud y acciones del ejército francés en aquella jornada, pero es necesario dar una visión somera de su fuerza y situación. Murat contaba con el «Cuerpo de Observación del Mar Océano» mandado por el mariscal Moncey, compuesto por tres divisiones de Infantería y una de Caballería, más cinco compañías de Artillería; además de un destacamento de la Guardia Imperial, compuesto por dos batallones mixtos de Cazadores-Fusileros y Granaderos-Fusileros, un batallón de Marinos, un escuadrón de Cazadores a caballo y Mamelucos, otro de Caballería ligera polaca, otro de Granaderos a caballo y otras secciones varias.³¹

El despliegue de esas fuerzas era el siguiente: El destacamento de la Guardia se alojaba en cuarteles del centro de la ciudad; la brigada Lefranc en el convento de San Bernardino (actual Ciudad Universitaria); la Artillería y la brigada de Dragones del Cuerpo de Moncey en el Buen Retiro; la brigada Dufour en Leganitos; la división Morlat entre Fuente la Reina y Fuencarral, la división Mousnier en El Pardo y la brigada de Coraceros en Carabanchel. De esa manera, Murat disponía de diez mil hombres para su empleo inmediato y otros veinte mil a su disposición para intervenir en pocas horas. Más allá, entre Toledo, Aranjuez y El Escorial, desplegaba el cuerpo de Dupont.

A las doce comenzó el avance concéntrico de los franceses. Desde cerca de palacio, los Fusileros de la Guardia, la Caballería polaca y alguna Artillería, avanzaron por la calle de la Almudena hacia Sol; desde El Prado, Grouchy, con la Caballería y la Artillería acampados en El Buen Retiro, por la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, se dirigen también a Sol; la brigada de Coraceros desde Carabanchel, por la puerta de Toledo a la plaza Mayor, y la brigada Lefranc, desde San Bernardino, a la puerta de Fuencarral y de allí, por la calle de San Bernardo, a enlazar con las anteriores en la

³¹ PRIEGO, 1901, t. 1, p. 452.

plaza de Santo Domingo, aunque acabaría detenida por la resistencia del Parque de Monteleón. Las calles Mayor, Alcalá, Montera y Carretas acogieron a la mayoría de los dispersos, a los que se unía gente sin cesar. En principio, los franceses habían desaparecido de sus cercanías, pero pronto se abalanzaron por la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo barriéndoles con su Artillería y arrollándoles con la Caballería de la Guardia Imperial, los Lanceros polacos y los Mamelucos, escena que inmortalizó Goya.

Los franceses forzaron las puertas de las casas desde donde se les había hecho fuego, pero pocas armas de fuego llevarían sobre sí aquellos patriotas que se enfrentaron con navajas, cuchillos y tijeras a los soldados imperiales. Replegados, o huyendo, la resistencia de los madrileños continuó de esquina en esquina en todos los barrios de la ciudad.

Mientras tanto, O'Farril, secretario de estado de la Guerra, y Negrete, capitán general de Castilla la Nueva, habían ordenado el acuartelamiento de las tropas españolas.

15. *El Parque de Artillería de Monteleón*

De la defensa del Parque de Artillería existe abundante documentación. En abril de 1814, Navarro Falcón, mariscal de campo, que en mayo de 1808 era comandante de Artillería y coronel de la Junta Superior Económica del Arma, en la que estaba destinado Velarde; Rafael Arango, teniente ayudante del Parque cuando se produjeron los hechos, y Juan Pardo, maestro constructor de coches destinado también en el Parque, entre otros, aportaron sus informes a la investigación de lo sucedido, ordenada efectuar por el Director General del Arma, García de Loygorri.³² Como no todos los relatos son coincidentes en sus detalles, procuraré ceñirme al de Pérez de Guzmán; por otro lado, una conferencia tiene siempre limitado el tiempo de exposición, por lo que no queda más remedio que ofrecer aquí un resumen de la acción, resumen en el que espero no sufran merma mi respeto y admiración por el patriotismo y el heroísmo de los que la protagonizaron.

Cuando empezaron los combates callejeros, Velarde se dirigió a su destino. Allí su comandante le mostró la orden de acuartelamiento cursada por el capitán general, orden que no acató y, expresando la necesidad de combatir a los franceses, salió acompañado de su asistente, de don Manuel Almira, oficial de Cuenta y Razón, y del meritorio don Domingo Rojo,

³² PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, pp. 412-413, 628-629 y 629-634; y *Memorial de Artillería*, 1852.

encaminándose hacia el Parque de Artillería. En su itinerario se les unió un grupo de paisanos que acaudillaba don Andrés Rovira (capitán del regimiento Provincial de Santiago de Cuba, entonces de permiso en Madrid). Al pasar ante el cuartel del regimiento de Voluntarios del Estado, sito en la calle de San Bernardo, se detuvieron y entraron en él. El regimiento estaba formado en el patio y el coronel le enseñó la orden de acuartelamiento, pero Velarde alegó la necesidad de reforzar la seguridad del Parque, custodiado por una guardia francesa, y el coronel se avino a prestarle la tercera compañía, que mandaba el capitán Goicochea y de la que formaban parte los tenientes Ruiz de Mendoza y Ontoria, el subteniente Burguera y los cadetes Pacheco y Rojo, más treinta y tres fusileros.

En el Parque se hallaban los capitanes de Artillería Dalp, Consul y Córdoba, ayudante Arango, teniente Torres, subteniente Carpegna, exento de Guardias de Corps también Pacheco, y entre diez y veinte artilleros según distintas versiones, más el capitán Daoiz, que había llegado primero. A su vez, Velarde logró desarmar a los sesenta hombres que formaban la guardia francesa de prevención, amenazando a su capitán con ser pasada a cuchillo por los paisanos amotinados que se concentraban ante la puerta del Parque.³³

Daoiz, como más antiguo, tomó el mando y ordenó abrir las puertas y armar a los paisanos que las solicitaban ante el establecimiento. Entregó más armas blancas que de fuego porque desconocían su manejo y porque en el Parque sólo había dos mil cartuchos de fusil y eran necesarios para su defensa. Tampoco había cargas de metralla para los cañones, teniendo que improvisar algunas con piedras de los fusiles. La mayoría de los paisanos salieron del Parque para pelear con los franceses en las calles de Madrid, quedando en él unos sesenta.

Daoiz, tras cerrar las puertas del Parque, organizó su defensa, para la que contaba con apenas un centenar de hombres. Situó a la compañía de

³³ Consultadas en el Archivo General Militar las hojas de servicios de los oficiales citados por Pérez de Guzmán como presentes en la defensa de Monteleón, debo indicar que en las de los capitanes de Artillería don José Dalp, don Antonio Córdoba Figueroa y don Juan Consul, no figura su presencia en esa defensa, aunque sí en otros hechos de armas. En la del capitán don Rafael Goicochea Irrisarri figura su intervención en ella al frente de la compañía de Voluntarios del Estado, incluso que fue él mismo quien, sin disparar un fusilazo, hizo prisionera a la guarnición francesa, defendiendo dicho punto y rechazando al enemigo hasta que la falta de municiones le obligó a entregarlo, manteniéndose allí hasta dos horas más tarde de la muerte de los héroes Daoiz y Velarde. En la hoja de don Mateo Bruguera, del regimiento de Voluntarios del Estado, tampoco aparece su participación, aunque sí en la defensa de Madrid en diciembre de 1808. Si aparece en la de don José Hontoria que, sin desamparar su compañía, rechazó los ataques enemigos hasta que regresó al cuartel de orden de la plaza. No he hallado las otras hojas de servicios.

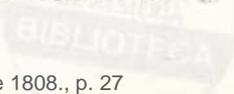
Voluntarios del Estado, con algunos paisanos armados, en la planta alta del edificio; los artilleros, con otros paisanos armados, situaron tres cañones «de a ocho» en el patio y, posteriormente a la consecución del primer ataque, cuatro en la calle de San José para batir las calles de San Pedro, Fuencarral y San Bernardo y dos de reserva. (Arango dice que la compañía de Voluntarios del Estado, con la excepción del teniente Ruiz, no intervino en la defensa, manteniéndose pasiva y formada en el patio del Parque).

Por la calle de San Bernardo avanzó un batallón westfaliano al servicio de Francia que fue rechazado a cañonazos cuando intentaba derribar la puerta. Otro segundo ataque de ese batallón, esta vez reforzado por el cuarto regimiento Provincial de la división Musnier, fue también rechazado y, cuando los franceses lo intentaron por tercera vez, se presentó el capitán de Voluntarios del Estado don Melchor Alvarez enarbolando un pañuelo blanco para transmitir las órdenes del gobierno de que cesaran los combates. El breve armisticio que se produjo fue roto por un cañonazo desde el campo español, que motivó la retirada de los franceses, quedando prisionero el jefe de los atacantes, conde de Montholon, con algunos de sus soldados.

Indignado Murat con las noticias que le llegaban, ordenó a su ayudante, el general Legrange, que se pusiera al frente de la brigada Lefranc, perteneciente a la división Goblet, y que redujera la resistencia de los españoles. Volvieron pues los franceses con una columna de dos mil hombres apoyados por Artillería, conducidos por los generales Lefranc y Legrange, siendo rechazados hasta tres veces.

Después del tercer intento y de unos tiros de cañón de ambos bandos poco eficaces, Velarde había muerto y Daoiz estaba herido, mientras que las posibilidades de continuar la defensa por las bajas sufridas (por los datos de Arango pueden estimarse en la tercera parte de los defensores) y la escasez de municiones eran crecientes. En ese momento se presentó en medio de los dos bandos el capitán general español marqués de San Simón que impuso el fin de los combates. Daoiz estaba herido apoyado en un cañón cuando fue insultado por el general Legrange. El capitán español desenvainó su espada e hirió al francés, siendo a su vez herido gravemente por el bayonetazo de un granadero francés que acudió en auxilio de su general.

Terminó el combate. La capitulación del Parque la firmó el capitán Goicoechea. Los franceses autorizaron que se sacaran los muertos y los heridos, mientras que la mayoría de los defensores ilesos marcharon también sin ser molestados, porque sólo quedaron prisioneros unos pocos arti-



llos que fueron liberados por gestiones del comandante Navarro Falcón ante Murat, lo que contrasta con los atropellos que sufrieron los habitantes de Madrid en sus calles si eran sorprendidos con la más inocente de las armas. La resistencia se había mantenido durante unas tres horas, entre las diez y la una.

16. *Las bajas del Dos de Mayo*

Se trata del capítulo más confuso, porque no hay dos cifras coincidentes y porque tengo la convicción de que todos hacen crecer las pérdidas de su adversario, y disminuyen las propias o las aumentan para incrementar la imagen de heroísmo. Sobre las pérdidas españolas reina la confusión. Evidentemente unos mienten, otros hablan de lo que no saben, y muchos de los que saben algo extrapolan sus datos hasta alcanzar las cifras que consideran más apropiadas. Lo indudable es el número de los fusilados en la noche del 2 al 3 de mayo en La Moncloa: cuarenta y tres.³⁴ La duda, la tremenda duda, es cuántos españoles murieron en las calles. El Consejo de Castilla se limita en sus documentos a afirmar que los sublevados sufrieron grandes pérdidas «...contribuyendo a ello que se cerraron las puertas de las casas y los comercios y ninguno de los que se encontraban en las calles pudieron guarecerse en ellas...».³⁵

Por parte francesa, *Le Moniteur*, de 11 de mayo, fija las pérdidas francesas en veinticinco muertos y de cuarenta y cinco a cincuenta heridos, mientras que el parte de Murat a Napoleón asegura que «...los Cazadores de la Guardia han tenido pérdidas enormes...». También asegura que entre la puerta del Sol y la plaza Mayor alborotaron unos veinte mil sediciosos.³⁶ Por último, Toreno, después de citar varias cifras basándose en las visitas efectuadas en los días posteriores por él mismo a los hospitales, las estima en unas mil doscientas de cada bando que, comparando las nuestras con el número de habitantes de Madrid, se acercaría al uno por ciento, mientras que la relación entre esas bajas y la cuantía de la guarnición francesa se aproximaría al doce por ciento, lo que me parece desorbitado.

Pero hay dos historiadores que investigaron los documentos de la época: Tamarit (oficial tercero de Toma y Razón del Arma de Artillería) y el académico Pérez de Guzmán, tantas veces citados. El primero da la cifra de

³⁴ *Libro de Entierros de la Real Parroquia de La Florida*. 1808, f. 8.

³⁵ A.H.N. Consejos. L 17.791. nº 41

³⁶ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, p. 621.

ciento cuatro muertos, cincuenta y cuatro heridos y treinta y cinco extraviados españoles,³⁷ e inserta una lista con los nombres de ciento veintidós víctimas del 2 de mayo, aunque afirma a continuación que «...hubo otros muchos cuyos nombres no fue posible averiguar, porque siendo forasteros y hallándose accidentalmente en Madrid tomaron parte en la lucha...». De los franceses, las pérdidas las estima en mil seiscientos cuarenta y ocho muertos y doscientos cincuenta y un extraviados.

El segundo dice:³⁸ «...Después de haber desenvuelto los libros parroquiales de difuntos, los expedientes de héroes y víctimas, formados en el Archivo Municipal de Madrid, las listas que se sacaron por orden del Consejo Real, los Libros de Gobierno de las Salas de los Alcaldes de Casa y Corte, los expedientes del Corregimiento de Madrid, los registros de entrada y muerte de todos los Hospitales, los de la Jurisdicción Castrense y otros documentos de éste tenor, mis cifras que en el apéndice se justifican con la enumeración biográfica y testimonial de nombres, alcanzan el número de cuatrocientos ocho muertos y ciento setenta y un heridos...». Añadamos que el quince por ciento de las víctimas recogidas por Pérez de Guzmán son mujeres, y que todos los hombres, con la excepción de los capitanes de Artillería, son miembros del pueblo llano: cocheros, albañiles, aguadores, criados, etc. Más adelante estima razonables las cifras de Tamarit sobre las bajas francesas.

Añadiré que no me parece razonable que si un bando pone la Artillería, los Coraceros, los Mamelucos y los Granaderos, tenga tantas o más bajas que el que solo dispone de navajas, cuchillos, tijeras y alguna pistola o escopeta ocasional, aunque tuviera muchas en el ataque a Montealeón. No hace falta exagerar nada para poner de manifiesto el heroísmo.

17. Las consecuencias del Dos de Mayo

Tantas cuantas fueran las víctimas, lo indudable son sus consecuencias emocionales. Las noticias llegan a Zaragoza, Extremadura, Sevilla, Santander, Valencia... Puede que exageradas, porque los que huyen siempre tienen la tentación de incrementar las razones de su huida. Pero esas noticias provocaron una primera oleada de pequeños motines y algaradas que fueron prontamente dominados por las autoridades locales bajo el control del Consejo de Castilla. En todos ellos el mismo denominador: el pueblo congrega-

³⁷ TAMARIT, 1851, p. 51.

³⁸ PÉREZ DE GUZMÁN, 1908, pp. 461 y 654.



do, agavillado y, si hay un caudillo es un caudillo popular, como el tío Jorge de Zaragoza o un sillero en Coruña.

En Extremadura, el conde de la Torre del Fresno, capitán general accidental por ausencia de Carrafa, de acuerdo con Solano, marqués del Socorro, lanza un manifiesto a las autoridades extremeñas contra los franceses, pero llegaron noticias de Madrid de haberse recuperado la calma y esos mandos militares se someten (después ambos serían asesinados por no secundar la rebelión). Menos importantes sucesos, algarradas y protestas tuvieron lugar en Sevilla, Zaragoza, Burgos, Valladolid, etc. Son los ecos del 2 de mayo y del bando del alcalde de Móstoles. Pero van a ser las noticias de las abdicaciones de Bayona, que llegan a finales de mayo, las que provoquen la insurrección general. Es un levantamiento periférico, inconexo y acéfalo. El centro lo dominan los franceses, además de Barcelona y la frontera, y donde estos dominan no hay aventura revolucionaria. Tampoco hay conexión entre unas y otras ciudades, porque la llegada de alguien a caballo que cuenta lo sucedido en su ciudad no puede reputarse como ejemplo de coordinación de esfuerzos, ni hay constancia alguna de planes conjuntos, ni la historia ha dejado rastro de conspiración alguna. No hay una dirección conocida: es el pueblo llano, agavillado, el mismo que se levantó en Madrid, el que fuerza a las autoridades el reconocimiento de Fernando como rey y a proceder al alistamiento de un ejército propio. Después, cuando aparezcan las juntas soberanas de cada ciudad, provincia o reino, serán los de siempre los que ejerzan el mando: la nobleza y la burguesía asumirán la dirección del movimiento. Hay otra característica: la deposición o el asesinato de quienes ejercían el mando militar.

La larga guerra había comenzado.



CUADRO DE LA INCIACION DEL LEVANTAMIENTO

LUGAR	FECHA	OBSERVACIONES
Santander	27 de mayo	Nombra al coronel Velarde capitán general y al obispo presidente de la junta
Asturias	24 de mayo	Nombra al marqués de Santa Cruz presidente de la Junta de Asturias y al marqués de Campo Sagrado, coronel, le nombra teniente general
Coruña	30 de mayo	Asalto a Capitanía. Formación de una junta que presidirá Fillangeri, capitán general. Asesinato de éste el 24 de junio. Ascenso a teniente general del brigadier Blake
Extremadura	30 de mayo	Asesinato del capitán general accidental conde de la Torre del Fresno. Ascenso a teniente general del coronel Galluzo.
Sevilla	26 de mayo	Formación de una junta y nombramiento de Saavedra para presidirla. Mensajeros a Castaños que manda las tropas ante Gibraltar.
Cádiz	29 de mayo	Motín ante la residencia del capitán general de Andalucía, Solano, que es asesinado. Nombramiento de Morla como capitán general.
Murcia	24 de mayo	Se forma una junta que presidirá Floridablanca. Al coronel de Milicias González Llamas se le asciende a teniente general. El capitán general del departamento de Cartagena, Francisco de Borja, es asesinado.
Valencia	23 de mayo	Se depone al capitán general marqués de la Conquista y se nombra al conde de Cervellón para sustituirle
Zaragoza	24 de mayo	Se detiene al capitán general Guillelmi y se le conduce a prisión. El 26 se nombra a Palafox capitán general, que era oficial de Guardia de Corps asimilado a brigadier.
Valladolid	Finales de mayo	Alborotos populares. El capitán general, Cuesta, que había aceptado las abdicaciones de Bayona, es obligado a ponerse al frente de la rebelión.
Granada	30 de mayo	Se obligó al capitán general a proclamar a Fernando VII. Se formó una junta y un ejército independientes de Sevilla
Baleares	30 de mayo	Se formó una junta presidida por el capitán general Vives.
Canarias	Principios de junio	Cuando llegaron las noticias de Sevilla se formó una junta, se detuvo al capitán general Cagigal, y se nombró a Carlos O'Donell para sustituirle

DESPLIEGUE DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN MAYO DE 1808³⁹

Cuerpos	Batallones o escuadrones – (número de hombres)	Destinos
1.- Casa Real		
Guardias de Corps	1-(680)	Castilla la Vieja y Madrid
Compañía de Alabarderos	(152)	Madrid
Guardias Españolas	3-(3.492)	1º y 2º Bon. en Madrid, 3º en Barcelona
Guardias Walonas	3-(2.681)	1º Madrid, 2º Barcelona, 3º Portugal
Carabineros Reales	3-(540)	Madrid
2.-Infantería de Línea. Rgtos.		
Rey	3-(1.423)	San Sebastián, Oporto y Ares
Reina	3-(1.400)	Málaga
Príncipe	3-(1.337)	Portugal
Corona	3-(972)	Algeciras
Africa	3-(968)	Algeciras y San Sebastián
Soria	3-(1.381)	Mahón
Córdoba	3-(853)	Portugal e Isla de León
Sevilla	3-(1.238)	El Ferrol
Granada	3-(1.183)	Mahón
Valencia	3-(993)	Cartagena
Zaragoza	3-(1.631)	Oporto y Cádiz
España	3-(1.107)	Ceuta
Toledo	3-(1.128)	Coruña, Vivero y Camiñas
Mallorca	3-(1.819)	Oporto y Badajoz
Burgos	3-(1.334)	Los Santos y Cádiz
Murcia	3-(1.832)	Portugal y San Roque
León	3-(1.265)	Barcelós (Barcela?)
Cantabria	3-(1.094)	Ceuta
Ceuta	3-(1.305)	Ceuta
Aragón	3-(1.366)	Portugal
América	3-(878)	Aranjuez y Alicante
Extremadura	3-(840)	Tárrega
Málaga	3-(924)	Málaga
Jaén	3-(1.825)	San Roque y Ceuta
Órdenes Militares	3-(778)	Badajoz y Cádiz
Voluntarios de Castilla	3-(1.557)	Cartagena
Voluntarios del Estado	3-(812)	Madrid

³⁹ *Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos Españoles durante la Guerra de España contra Bonaparte*. Sección de Historia Militar, Barcelona, 1822

Cuerpos	Batallones o escuadrones – (número de hombres)	Destinos
Voluntarios de la Corona	3-(1.366)	Oporto y Ferrol
Borbón	3-(1.614)	Villa Carlos y Palma
Irlanda	2-(583)	Olivencia y Puerto de Santa María
Hibernia	2-(924)	Ferrol y Bilbao
Ultonia	2-(421)	Gerona
Nápoles	2-(358)	Ferrol
Zamora	3-(2.166)	Dinamarca
Guadalajara	3-(1.877)	Dinamarca
Asturias	3-(2.173)	Dinamarca
Princesa	3-(2.039)	Dinamarca
Navarra	3-(902)	Coruña
3.- Infantería Ligera		
1º de Aragón	1-(1.346)	Madrid y La Mancha
2º de Cataluña	1-(726)	Coruña
Tarragona	1-(1.183)	Pamplona
Gerona	1-(1.240)	Sevilla
2º de Barcelona	1-(1.341)	Menorca
2º de Aragón	1-(1.266)	Mallorca
Barbastro	1-(1.102)	San Roque
Voluntarios de Navarra	1-(1.004)	Ferrol
Voluntarios de Valencia	1-(1.283)	Tarifa y Lisboa
Campo Mayor	1-(1.194)	San Roque
1º de Cataluña	1-(1.211)	Dinamarca
1º de Barcelona	1-(1.170)	Dinamarca
4.- Infantería Suíza		
Wimpffen nº1	2-(2.079)	Tarragona
Reding nº 2	2-(1.573)	Talavera de la Reina
Reding nº 3	2-(1.809)	Malaga
Betschard nº 4	2-(2.051)	Palma de Mallorca
Traxler nº 5	2-(1.757)	Cartagena
Preux nº 6	2-(1.708)	Villaverde
5.- Artillería		
Regimiento nº 1	(459)	Barcelona
Regimiento nº 2	(668)	Cartagena
Regimiento nº 3	(810)	Sevilla
Regimiento nº 4	(605)	Coruña
Compañías fijas de guarnición	(2.191)	En varias Plazas.
Plana Mayor del Arma	(130)	Segovia

Cuerpos	Batallones o escuadrones - (número de hombres)	Destinos
Destacados Norte de Europa	(316)	Dinamarca
6.- Caballería de Línea		
Reina	5-(673)	Valladolid
Príncipe	5-(614)	Talavera de la Reina
Borbón	5-(658)	Barcelona
Farnesio	5-(555)	Jerez de la Frontera
Alcántara	5-(588)	Oporto
España	5-(592)	Almería y Granada
Calatrava	5-(723)	Burgos
Santiago	5-(599)	Campo de Gibraltar
Montesa	5-(707)	Málaga
Rey	5-(673)	Dinamarca
Infante	5-(666)	Dinamarca
Algarve	5-(614)	Dinamarca
7.- Caballería Ligera		
Dragones del Rey	5-(617)	Madrid
Dragones de la Reina	5-(623)	Medellín
Dragones de Pavía	5-(706)	Puerto de Santa María
Dragones de Sagunto	5-(538)	San Lucar
Dragones de Numancia	5-(637)	Valencia
Dragones de Lusitania	5-(564)	Madrid
Cazadores de Olivencia	5-(595)	Elche
Cazadores Volunt. de España	5-(592)	Talavera de la Reina
Húsares de María Luisa	5-(716)	Badajoz
Húsares Españoles	5-(725)	Palma
Dragones de Almansa	5-(637)	Dinamarca
Dragones de Villaviciosa	5-(663)	Dinamarca
8.- Milicias Provinciales		
1ª División de Granaderos	2-(1.732)	Setubal
2ª División de Granaderos	2-(1.536)	Lisboa
2º Batallón de la 4ª División	1-(762)	Oporto
3ª División de Granaderos	2-(1.509)	Campo de Gibraltar
Regimiento de Jaén	1-(618)	Algeciras
Lorca	1-(596)	Algeciras
Sigüenza	1-(613)	Cuartel de Buenavista
Guadix	1-(622)	San Roque
Chinchilla	1-(592)	Estepona
Málaga	1-(435)	Los Barrios

Cuerpos	Batallones o escuadrones - (número de hombres)	Destinos
Cuenca	1-(630)	Tarifa
Ecija	1-(623)	Cádiz
Jerez	1-(608)	Cádiz
Córdoba	1-(618)	Cádiz
Toledo	1-(613)	Cádiz
Ronda	1-(608)	Cádiz
Ciudad Real	1-(609)	Puerto de Santa María
Trujillo	1-(601)	Puerto de Santa María
Sevilla	1-(581)	Jerez de la Frontera
Burgos	1-(611)	Jerez de la Frontera
Alcazar	1-(639)	San Lucar de Barrameda
Bujalance	1-(628)	San Lucar de Barrameda
Granada	1-(587)	Isla de León
Toro	1-(587)	Isla de León
Logroño	1-(592)	Isla de León
Plasencia	1-(627)	Isla de León
Ciudad Rodrigo	1-(619)	Isla de León
Badajoz	1-(623)	Ayamonte
Bon 1º - 4º Div. de Granaderos	1-(702)	Graña
Tuy	1-(627)	Ferrol
Mondoñedo	1-(625)	Ferrol
Pontevedra	1-(602)	Ferrol
Lugo	1-(623)	Ferrol
Monterrey	1-(639)	Ferrol
Santiago	1-(630)	Ferrol
Compostela	1-(633)	Coruña
Betanzos	1-(633)	Coruña
Segovia	1-(625)	Coruña
León	1-(625)	Ares (Arosa?)
Valladolid	1-(596)	Ares
Orense	1-(618)	Vigo
Salamanca	1-(634)	Montefaro
Laredo	1-(605)	Santander
Oviedo	1-(677)	Gijón
Murcia	1-(598)	Cartagena
Soria	1-(616)	Valencia
Avila	1-(608)	Alicante

Nota: El cuadro anterior no debe estimarse totalmente cierto, sino aproximado. Contiene datos dudosos, como asignar a todos los regimientos de Infantería igual número de jefes y oficiales (setenta para los de Línea, cuarenta y tres para los Ligeros y treinta y cuatro para los de Milicias) con independencia de la tropa que encuadran. También ha de tenerse en cuenta que de los doce mil ocho hombres pertenecientes al Arma de Caballería, sólo siete mil cuatrocientos cuarenta y tres disponían de caballos. Destaca también la distinta dotación de hombres de los regimientos, aunque se presuponga en todos el mismo número de batallones o escuadrones que figuran en sus plantillas orgánicas. Los datos referidos a los regimientos Irlandeses e Italiano han sido corregidos.

A los datos consignados hay que añadir un regimiento de Zapadores Minadores, de dos batallones, con novecientos veintidós hombres, situado en Alcalá de Henares, más diversos destacamentos del Real Cuerpo de Ingenieros distribuidos en varios puntos, de los que una compañía, con ciento treinta y dos zapadores se encontraba en Dinamarca, así como un tercio de Tejas con efectivos de batallón (cuatrocientos cincuenta hombres), formado para marchar a América pero que permanecía en España al iniciarse la guerra.

También hay algunos errores toponímicos. Ares debe ser Arosa, porque esas unidades se incorporaron al ejército de Galicia, como lo hizo también el regimiento de León que figura en Barcelós. Por otra parte, el regimiento de Borbón, que figura en Palma y Villa Carlos, acabó incorporado al ejército de Cataluña, luego la segunda denominación debe referirse a algún acuartelamiento en Mallorca.

Regimiento	Comando	Dotación	Observaciones
1.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
2.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
3.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
4.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
5.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
6.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
7.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
8.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
9.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
10.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
11.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
12.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
13.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
14.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
15.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
16.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
17.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
18.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
19.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
20.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
21.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
22.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
23.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
24.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
25.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
26.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
27.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
28.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
29.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
30.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
31.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
32.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
33.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
34.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
35.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
36.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
37.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
38.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
39.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
40.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
41.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
42.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
43.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
44.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
45.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
46.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
47.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
48.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
49.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
50.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
51.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
52.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
53.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
54.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
55.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
56.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
57.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
58.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
59.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
60.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
61.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
62.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
63.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
64.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
65.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
66.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
67.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
68.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
69.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
70.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
71.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
72.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
73.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
74.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
75.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
76.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
77.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
78.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
79.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
80.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
81.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
82.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
83.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
84.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
85.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
86.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
87.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
88.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
89.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
90.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
91.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
92.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
93.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
94.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
95.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
96.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
97.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
98.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
99.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	
100.º Regimiento de Línea	Alcalá de Henares	70	

BIBLIOGRAFÍA

- A.H.N. Consejos. L 17.791. nº 41
- ALCALÁ GALIANO, A.: *Recuerdos de un anciano*. Madrid, 1955.
- AZANZA, M. y O'FARRIL, G.: *Memoria de los hechos que justifican su conducta política*. París, 1815.
- CASARIEGOS, F. E.: *Catálogo Histórico de las Armas*. Barcelona, 1982. *Colección de Ordenes y Decretos*. Biblioteca Central Militar, Madrid, t. XVIII.
- Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos Beligerantes en España*. Sección de Historia Militar, Barcelona, 1821.
- Estados de Organización y Fuerza de los Ejércitos Españoles durante la Guerra de España contra Bonaparte*. Sección de Historia Militar, Barcelona, 1822
- Explicaciones a las láminas del Tratado de Ejercicios y Maniobras de la Caballería*. Biblioteca del Palacio Real de Madrid, Grabado 414 IX 8.299
- GONZÁLEZ DE CARVAJAL, Tomás: *Del Oficio y Cargas del Intendente del Ejército en Campaña*. Valencia, 1810
- Kalendario Manual y Guia de Forasteros*. Imprenta de la Gazeta, Madrid, 1808.
- LAMBARRI Y YANGUAS, Fernando de: *Galería Militar de Intendencia*. Barcelona, 1973
- Libro de Entierros de la Real Parroquia de La Florida*. 1808.
- Memorial de Artillería*. 1852.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Memorias de un setentón*. Madrid 1961.
- MINISTERIO DE LA GUERRA (Sección de Historia Militar): *Historia de la Guerra de España contra Napoleón*. Inconclusa, Madrid, 1818, p. 136.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J.: *El 2 de mayo de 1808 en Madrid*. Madrid, 1908
- PRIEGO: *Historia de la Guerra de Independencia*. Madrid, 1901, t. 1, p. 131. R.A.H. L. MS. 135.
- Reglamentos Constitucionales para una organización, división y gobierno del Ejército*. Papeles Reservados de Fernando VII, Sección Histórica, Caja 292 (Reinado de Fernando VII).
- TAMARIT, Emilio de: *Memoria histórica del 2 de mayo*. Madrid, 1851.
- TORENO, Conde de: *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*. París, 1838.

